



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.



El ventero, que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por muger á una no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo una

moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote (1), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á don Quijote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios de que había servido de pajar muchos años, en el qual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de don Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga (2), y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo en la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrádoles Maritornes (3), que así se llamaba

(1) *Descogotada*, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritornes, segun dice Covarruvias (*Tesoro*) y el autor de la *Picara Justina* (T. I, lib. p. 508).—P.

(2) *Cuero de búfalo*, que era de lo que, segun Covarruvias, aferraban sus adargas ó escudos los berberiscos, y se introdujo en España.—Arr.

(3) No es facil averiguar si Cervantes inventó este nombre, ó le adoptó de la palabra francesa *Molitorne*, que en el francés antiguo significa: mala mujer, mujer improba (*Lacombe, Diction, du vieux français*).—P.

la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera



que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mi un poco los lomos. ¿De esa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podría ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed,

hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues como vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor don Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho (1) della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dijo: creedme, hermosa señora, que ós podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradeceróslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y como no usadas á semejante language, mirábanle y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo. Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado.

El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado (2) establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de angeo tundi-do (3) que de lana: sucedía á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo (4): fuera de que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan raras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas

(1) *Contrecho* por *contrahecho*, que es como se dice comunmente. Este debe de ser uno de los muchos vocablos estropeados por Sancho, imitando la pronunciacion de la gente vulgar y grosera de su provincia.—Arr.

(2) Destechado y descubierto, desde el cual se veían las estrellas.—P.

(3) *Angeo* era una tela basta y grosera, llamada así porque se trata de la provincia de *Anjou* á España.—C.

(4) Los moriscos antes de su espulsion, que es cuando escribia Cervantes, se empleaban en la agricultura y en los oficios mecánicos; pero con mas gusto en el ejercicio arrieril, porque faltando de los pueblos, no eran notados de si oían misa, ó frecuentaban las iglesias, disimulando así su mahometismo oculto.—P.

nos llegan á los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde *Tomillas*; ¡y con qué puntualidad lo describen todo!

Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritorres. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentía el dolor de sus costillas, y don Quijote con el dolor de las suyas tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendría á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á cuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosia á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quinaña se le pusiesen delante.

Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega (1) de fustan, con táticos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aqui van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baja le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso; única señora de mis mas escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sándio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto.

(1) Cofia ó red de tela, con que las mujeres recogian los cabellos.—P.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decía procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima (1) por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas



quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candel se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estas, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño, el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbrera del candel del ventero cual andaba su dama, dejando á don Quijote acudió á darme el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candel, y como quedaron á oscuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaron cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero (2) de los que llaman de la santa hermandad vieja de Toledo (3), el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, así de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se

(1) Mujer mundana. (*Vocabulario de la Jernania de Juan Hidalgo*).—P.

(2) Los ministros de la santa hermandad, llamados así, porque salian en cuadrilla.—P.

(3) Había en Toledo, Talavera, y Ciudad-Real. Componíase de caballeros y gente noble, y era condicion fuesen hacendados, y posesyesen colmenares en los montes de Toledo. Tenia por instituto perseguir

bullía ni meneaba se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuele forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil (1).

á los ladrones y salteadores, llamados *golfinos* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero.—P.

(1) Este suceso de la desvergonzada Maritornes sin duda le introdujo Cervantes por imitar en todo los libros de caballerías, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. xxv, se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Cranduetta y el aventurero Galaor.—P.

